

Goethe y el hombre actual

Tantas veces el hombre ha buscado un espejo para su enigma, que poco a poco esa imagen se ha tornado en una fábula más o menos sincera. Su aspecto físico persevera a través de los siglos. Pero sus dimensiones espirituales son revisadas, no ya en cada centuria, sino en cada generación. En nuestra época se ha ensayado esa revisión del concepto de hombre, y para asombro de muchos, la tesis fáustico-occidental de O. Spengler se esconde poco a poco, se esfuma frente al enfoque "relativo" de lo humano dentro de la Teoría de las estructuras. Parecería que Goethe también nos ha abandonado, que su concepción del hombre ansioso de saber ("Mihi quaestio factum sum") moviéndose en el espacio lineal de la geometría euclidiana, fuese una visión ya superada por todas las conclusiones modernas que reducen el infinito a un sistema cerrado.

Y aún dentro de lo propiamente literario parecería que el tránsito del Doctor Fausto y su actividad en los mundos de lo objetivo y lo subjetivo, no tuviese razón de ser frente al pesimismo visceral de nuestros héroes noveleros.

Sin embargo, el concepto goethiano del hombre, en parte persevera y en parte se confunde con nuestra visión actual. Es cierto que en el Siglo XIX se podía creer en el valor del hombre entusiasmado con su propio saber, la filosofía podía satisfacerlo apelando al "Homo Sapiens" y al "Homo Economicus" de los Manchesterianos, pero hoy día nuestro destino (el material simplemente) es demasiado oscuro para que nos entusiasmen esas visiones del hombre abstracto.

En realidad el concepto del mundo y del universo que teníamos hasta los trabajos de Maxwell y de Einstein, de Weyl y de Brower, ha cambiado completamente. La concepción del cosmos como una estructura armónica y al mismo tiempo finita nos está diciendo a gritos la inutilidad de la concepción fáustica del hombre. Para el conocimiento campal que domina en la física, el todo prima sobre lo individual hasta hacerlo desaparecer y dependiendo de lo inmediato, de lo cercano, rechaza las acciones a distancia que postulan las leyes de Newton. Todo concepto absoluto ha sido abandonado sistemáticamente así como toda idea de infinitud; el antiguo problema de la sustancia y del espacio y el tiempo absolutos, ya no tiene cabida en la Física moderna, sustituido por una concepción campal. Pero aquí también se teme que penetren conceptos ónticos a

trascendentalizar las líneas electromagnéticas y se nos detiene afirmando la no consistencia del campo y las estructuras que son dependientes y unidas entre sí, en una palabra su realidad está basada en su armonía que abarca desde el sujeto cognoscente hasta el objeto conocido.

No hay pues otra posible ubicación del hombre, si no es dentro de la relatividad de esas armonías que desesperan de una posible diferenciación entre lo material y lo consciente. Con estas armas, pues, que nos ofrece la ciencia contemporánea y las filosofías de Whitehead y Heidegger, hemos observado al hombre moderno y lo que hasta ayer parecía como símbolo de infinitud ha vuelto a sus cauces más humanos y hoy día el hombre, sin pretender serlo todo, empieza a conocerse dentro de su ubicación, universal.

Todo el pensamiento de Goethe encierra en sí una contradicción, posee una región no muy definida para nosotros que nos obliga a decir en un momento determinado: así concebía Goethe al hombre, y luego, en otra circunstancia, parecería que su pensamiento se volcase decididamente hacia la idea contraria. Por eso me libraré de decir que tal o cual afirmación es absoluta en Goethe, pues quiero reservar en su propio misterio todas las porciones esotéricas que encierra el hombre de genio.

Ya en el prólogo de Fausto, Mefistófeles se encarga de definir al hombre: "Para ese loco nada hay de terrestre, ni aún el comer ni el beber, su espíritu cabalga por los espacios y él mismo se da cuenta a medias de su locura. Pide al cielo sus más bellas estrellas y a la tierra sus sublimes alegrías, pero nada de lejos ni de cerca basta para calmar la tempestad de sus deseos". Quien lee estas palabras con alguna preocupación distingue detrás de la imagen del hombre a "lo fáustico", la figura más cercana a nosotros del hombre a "lo quijotesco" (en sentido sublime) pero en Goethe el ansia de saber domina todo su horizonte, mientras que Don Quijote es una voluntad desmesurada al servicio de la acción que subordina todo a su exigencia.

Pero Mefistófeles no sólo define al hombre sino que se diseña a sí mismo en toda la obra apareciendo simpático por naturaleza y con espíritu comunicativo que no logra alejar de nosotros su visión de figura inhumana, irreal, fantástica. "No hay nada nuevo para él, no tiene ilusiones"... Es empedernido porque es impersonal y universal (Georges Santayana - "Tres poetas filósofos"). Así, en efecto, se nos descubre sin ninguna de las cualidades que la época del Aufklärung asignaba al hombre. De este Mefistófeles sabemos muy poco o casi nada, su figura se pierde en un ente incapaz de arrastrarnos por canales oscurísimos. El hombre era concebido como un ser bueno en esencia, en perenne contacto con la Naturaleza Divina (Fausto se pregunta: "¿Soy yo mismo un Dios?", Parte I). Las grandes líneas de la figura fáustica se concentran en un posible punto de unión que da la clave del hombre en Goethe. En efecto, Fausto avanza más allá de los poderes abismales hacia la divinidad, la región clarísima que desarrollando los ideales de la Ilustración, alumbraría el camino del hombre hacia el Progreso. He aquí el gran dios que todo

lo sometía. Y ese progreso, esa evolución mesiánica del hombre, fué primeramente desarrollada por Goethe en el Fausto, entre figuras alegóricas, para luego adelantarse a su época presagiando el maquinismo en su novela social "Los años de viaje de Wilhelm Meister".

También Goethe es una de las manifestaciones más intensas del espíritu que se desarrollará en el siglo XIX. El pequeño comerciante y el pequeño propietario levantaron claramente sus voces y dieron normas a su época. Todo lo han conocido dentro de sus posibilidades sociales, y para trascendentalizar sus deseos proyectan esas esperanzas ingenuas en la cultura científica como dogma universal. De este modo, poco a poco se fué creando la imagen fáustica de la cultura occidental como aspiración de un grupo, como sedimento universitario. Hoy nos toca, junto a Ortega y Gasset, rechazar ese concepto romántico de la vida para poder acercarnos vitalmente a la verdadera figura de Fausto, destruyendo la aparatividad fáustica creada a su alrededor que se interpone ante nosotros como una barrera. Pero aquí es necesario referirnos a nuestro pensamiento anterior de que en Goethe la multiplicidad orgánica de las ideas lo hace a momentos contradictorio y es imposible que para ubicarlo dentro de la corriente archiburguesa del siglo pasado, tengamos que inutilizarlo y deformarlo, esterilizando muchas de sus concepciones geniales.

El ideal griego de lo bello y de lo bueno, el deseo prometeico amplio y generoso de la propagación de la cultura, la actitud adánica de concebir al mundo visualmente (Goethe - "Poesía y Verdad", libro VI) se unen en el espíritu primigenio del hombre concebido alrededor de lo fáustico. Una atmósfera sana lo cubre todo, hasta sus ensoñaciones magníficas (la noche de Walpurgis, el amor de Helena de Troya). Goethe parece decirnos con cada una de sus páginas: por aquí pasa una vena de los Dioses. Sus héroes nunca son perversos y todas sus aspiraciones se ennoblecen por ser justas: "Ver lo que la naturaleza tiene de secreta energía y de semillas eternas" (Fausto, Parte I). Con cierta melancolía vemos que todo esto ha desaparecido del hombre actual (el hombre de la cultura). Ha transcurrido el novecientos revolucionario con la palabra de Brunetiere y los héroes de Barbusse, de Broch, de Miller, de Joyce; lo crapuloso reclamó su estaticismo y el ideal cósmico cedió ante lo individual. Pero lo interesante está en que el propio Goethe descubrió el desfallecimiento del concepto fáustico absoluto, su vocación universal buscó los pro y los contra de la vida y dice frente a esto: "Bien veo que nada podemos conocer", y en "Werther": "Todos los hombres ven desvanecidos sus sueños, todos se engañan en sus esperanzas". El héroe en su laberinto desespera de Ariadna, la visión juvenil se enturbia y nos persigue la pregunta del Espíritu: "Fausto, ¿dónde estás?" (Parte I). Entonces la salvación no será producto de una acción impetuosa del hombre, sino que otra energía la realizará. Hay en todo esto una lucha serena de varones; aquí es necesario señalar este carácter esencialmente humano de los héroes de Goethe, y sus peripecias a través de situaciones varoniles. El mismo Goethe en su vejez sacerdotal, no queriendo y no pudiendo perder la confianza en la actividad viril y matutina, dirigía sus pensamientos ya hacia

los grandes proyectos de ingeniería, ya hacia las futuras ciudades industriales.

En esta afirmación del hombre se salvan los conceptos de Goethe, Fausto se convierte en modelo actualísimo para nosotros que vivimos con el optimismo en las entrañas y el pesimismo en el cerebro, para nosotros, semiancianos y semiadolescentes, en una época donde la existencia del hombre (¡el mismo existir!) se ha transformado en pregunta ineludible.

J O R G E M E D I N A V I D A L